



Sueño IV

Javier López Alós[?]

El ensueño poético, al contrario del ensueño de la somnolencia, no se duerme jamás. Necesita a partir de la imagen más simple, hacer irradiar las ondas de la imaginación. Pero por muy cósmica que se vuelva la casa solitaria iluminada por la estrella de su lámpara, se impone siempre como soledad: transcribimos un último texto que acentúa dicha soledad.

GASTON BACHELARD, *La poética del espacio*, cap. I.

Hay un hombre apoyado en una barandilla que mira al mar por mirar algún lugar que esté lejos y donde en realidad no se acabe de llegar nunca aun cuando se esté en él. Está inclinado hacia la parte de afuera, la que da a la carretera. Cuando baja un poco la vista, le llama la atención que su mirada al mar es perpendicular al paso de los coches y vuelve a lanzarla al fondo –piensa-, igual que si fuera un cebo que no podrá recoger a poco que cualquier boca persista. Y, como si temiera el mordisco, cierra los ojos y pone el cuerpo firme. Respira hondo y vuelve a mirar. La carretera, los coches, el mar donde parece que no ha perdido los ojos... Y un hombre que llega a su altura y se apoya en la barandilla del mismo modo que él hace un momento y luego otro y otro y otro, decenas de hombres con su mismo rostro apoyándose en la barandilla y empedrando con sus ojos todo el horizonte. Cuando aparece el último son tantos que le tiene que pedir que se haga a un lado. A estas alturas nuestro héroe ya sospecha que en el mar difícilmente encontrará ninguna respuesta y siente una necesidad irresistible de advertir a todas sus réplicas. Pero entonces las réplicas empiezan a arrojarse por la baranda. Pareciera que desde la carretera alguien les tirara de un hilo, de un carrete que atrajera los cebos hasta el vacío. Uno, dos, tres, cien unos que llegan, miran y se convierten en un recorrido vertical. El hombre sólo ha podido contemplar el espectáculo, intentando entender si es actor o público, si son él todas esas réplicas y, en tal caso, si él sigue siendo él después de haber desaparecido tanto él por la baranda. O si está loco y si la locura también es suya o actúa por cuenta propia. Sin embargo, cuando el último, el que se había dirigido a él y le había pedido que se apartara, se dispone a arrojarse, sorprendentemente se da media vuelta y le sonríe. Esto dura tres segundos. Luego gira sobre sí y salta. Y he aquí que nuestro hombre reacciona y corre a asomarse a la comprobación de la tragedia. Pero no hay nada, no queda rastro de nadie, sólo los coches pasando en perpendicular y, no

[?] Ilustración de Isabel Albaladejo Gómez.



estoy seguro, tal vez algunos niños jugando en la playa. Desesperado ante la falta de respuestas, está a punto de sonar el despertador, el hombre se sumerge en el aire en pos de esa imagen de sí mismo que le había sonreído afablemente justo antes de tomar un camino hacia la nada.

Cuando el hombre está a punto de chocar contra el suelo, decepcionado por no haber encontrado lo que buscaba, salta la alarma del despertador. No me doy tiempo ni a un bostezo, más tarde escribiré lo que he soñado, ahora corro a mirarme en el espejo: es sorprendente lo que llega uno a parecerse a sí mismo si presta la atención debida, cavilo, y me dedico una sonrisa de no más de tres segundos.

Luego, en cuanto salga el sol, abriré la habitación y saldré a la terraza a ver pasar los coches, a lo mejor, no sé, a ver jugar los niños en la playa.

